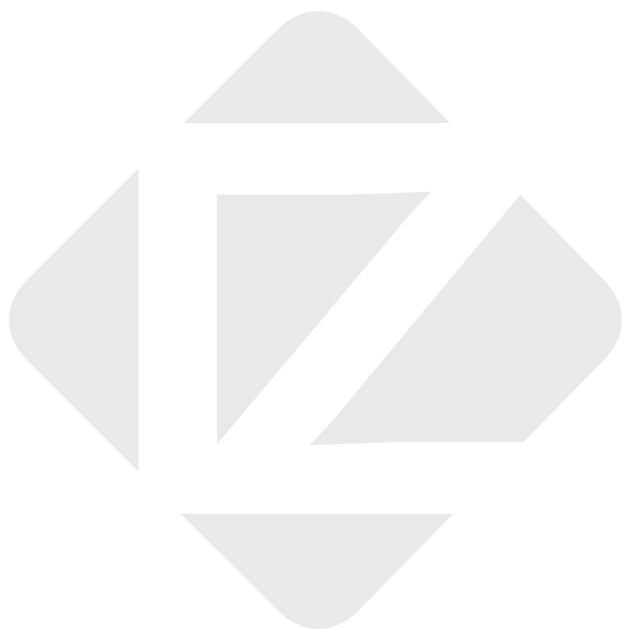


DE LA DUDA



Vilém Flusser

DE LA DUDA



INTERZONA

INTERZONA

Flusser, Vilém

De la duda / Vilém Flusser. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Interzona Editora, 2025.

168 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Demian Paredes.

ISBN 978-987-790-132-0

1. Filosofía Contemporánea. 2. Ensayo Filosófico. I. Paredes, Demian, trad.
II. Título.

CDD 190

© Herederos de Vilém Flusser, 2025
© De la traducción: Demian Paredes, 2025

© interZona editora, 2025
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Edición integral: Fátima Nieves García
Corrección: Germán Giri
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

ISBN 978-987-790-132-0

Obra publicada com o apoio da Fundação Biblioteca Nacional, do Ministério da Cultura do Brasil, e do Instituto Guimarães Rosa, do Ministério das Relações Exteriores do Brasil.

Obra publicada con el apoyo de la Fundación Biblioteca Nacional, del Ministerio de Cultura de Brasil, y del Instituto Guimarães Rosa, del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil.



MINISTÉRIO DA
CULTURA

MINISTÉRIO DAS
RELAÇÕES
EXTERIORES



Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PRÓLOGO

REFUNDAR LA RAZÓN

Este es un libro de epistemología, pero también un intento de respuesta a la perplejidad ante la conducción del pensamiento moderno hasta sus últimas consecuencias. Este anacronismo deliberado, para usar la expresión de Georges Didi-Huberman, se explicita en el título de esta edición, que preserva la preposición *de* como el artículo o pronombre demostrativo femenino *de la*, a la manera de los tratados y estudios de los siglos xvii y xviii: *De la duda* (1964-1965). ¿Por qué este recurso al desplazamiento temporal? Si la duda es uno de los fundamentos de la filosofía, el acto de dudar de la duda nos abre un inmenso campo de investigación acerca de las condiciones de posibilidad mismas del pensamiento reflexivo. Todo racionalismo moderno, sea proveniente de Kant o de Descartes, demostró que las demandas de la verdad exigen una alianza entre contingencia y racionalidad. En este ensayo, el genio maligno de Flusser parece tocar la herida de esas tesis racionalistas. Pretende demostrar la tautología presente en la deducción trascendental. Y también la circularidad del recurso al *cogito*, entendido como sustancia fundadora del proceso cognoscente.

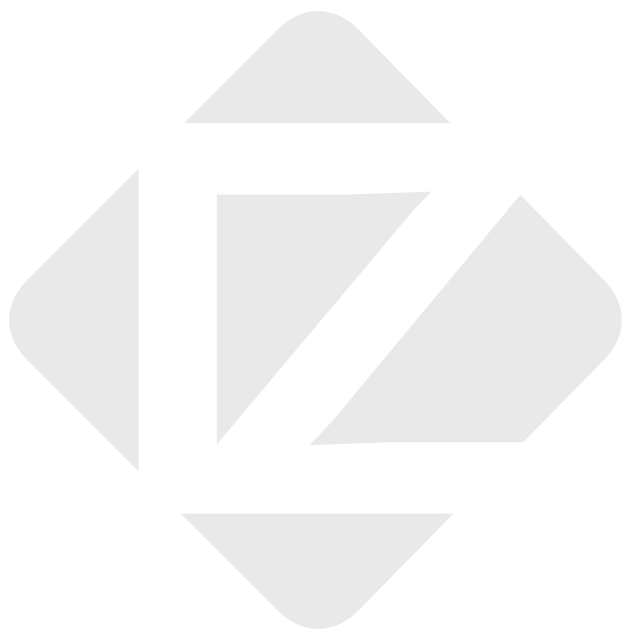
Semejante a las demás obras escritas por Flusser en los años sesenta, tenemos un abordaje anclado en la fenomenología y en las filosofías de la existencia. Con todo, esos métodos sirven a Flusser como medios para alcanzar una relativización global de los accesos a la verdad. Tensionándose conscientemente entre trascendentalismo y empirismo, que cancelan las bases del pensamiento

moderno desde el siglo xvii, Flusser pretende superar esas antinomias. Para eso, se hace necesario renovar la ontología. Pero también es necesario pensar la ontología a partir del punto de vista de las contingencias gramaticales. El intelecto es puesto en suspensión por medio de la fenomenología. Como alternativa al universalismo del lenguaje de Wittgenstein y a la generalización de la diferencia ontológica de Heidegger, Flusser profundiza en una gramática del pensamiento en las frases y nominaciones del mundo. O sea: una ontología fundada en las determinaciones formales de cada lengua.

En este sentido, el racionalismo moderno adquiere una amplitud mayor que el del corte generacional que apoyamos y que le dio origen. De la misma manera, la duda deja de ser una solución final para el camino cognoscente. Tampoco se convierte en una nueva fe, formada a partir de su duplicación, la duda en la duda. Se vuelve un *medium* de realización del pensamiento cuyo objetivo es preservar y reestructurar la estructura del intelecto y de la razón. Para ello, el concepto deja de asumir el papel matricial de fin de las operaciones abstractas. Pasa a ser concebido como conjunto de los *medios* implicados en el camino del sentido. Se invierte así la prioridad racionalista de la mente con relación al mundo. Se encuentra aquí *in nuce* la profunda conexión que une la fenomenología, herramienta de la fase inicial de la obra de Flusser, a las especulaciones ulteriores en el área de la ontología de los *medios*, a la arqueología de los medios y a la antropología de la comunicación.

Rodrigo Petronio

DE LA DUDA



INTRODUCCIÓN

They also serve who only stand and wait.

JOHN MILTON, 1652

La duda es un estado de espíritu polivalente. Puede significar el fin de una fe, o puede significar el comienzo de otra. Puede, todavía, ser llevada al extremo, institucionalizarse como “escepticismo”, esto es, como una especie de fe invertida. En dosis moderada, estimula el pensamiento. En dosis excesiva, paraliza toda la actividad mental. La duda como ejercicio intelectual proporciona uno de los pocos placeres puros. Como experiencia moral, ella es una tortura. La duda, aliada a la curiosidad, es el nacimiento de la investigación, por lo tanto de todo conocimiento sistemático. En estado destilado, mata toda curiosidad y es el fin de todo conocimiento.

El punto de partida de la duda es siempre una fe. Una fe (una “certeza”) es el estado de espíritu anterior a la duda. En efecto, la fe es el estado primordial del espíritu. El espíritu “ingenuo” e “inocente” cree. Este tiene “buena fe”. La duda acaba con la ingenuidad y la inocencia del espíritu y, aunque pueda producir una fe nueva y mejor, esta no será más “buena”. La ingenuidad y la inocencia del espíritu se disuelven en el ácido corrosivo de la duda. El clima de autenticidad se pierde irrevocablemente. El proceso es irreversible. Las tentativas de espíritus corroídos por la duda de

reconquistar la autenticidad, la fe original, no pasan de nostalgias frustradas. Son tentativas de reconquistar el paraíso. Las “certezas” originales puestas en duda nunca más serán correctas auténticamente. La duda metódicamente aplicada producirá, posiblemente, nuevas certezas, más refinadas y sofisticadas, pero esas nuevas certezas nunca serán auténticas. Conservarán siempre la marca de la duda que les sirvió de partera.

La duda puede ser, por lo tanto, concebida como una búsqueda de certeza que comienza por destruir la certeza auténtica para producir certeza inauténtica. La duda es absurda. Surge, por lo tanto, la siguiente pregunta: “¿Por qué dudo?”. Esta pregunta es más fundamental que la otra: “¿De qué dudo?”. Se trata, en efecto, del último paso del método cartesiano, a saber: se trata de dudar de la duda. Se trata, en otras palabras, de dudar de la autenticidad de la duda en sí. La pregunta “¿Por qué dudo?” implica otra: “¿Dudo realmente?”.

Descartes, y con él todo el pensamiento moderno, parece no dar este último paso. Acepta la duda como indubitable. La última certeza cartesiana, incorruptible por la duda según Descartes, a saber: “Pienso, por lo tanto soy”, puede ser reformulada: “Dudo, por lo tanto soy”. La certeza cartesiana es, por lo tanto, auténtica, en el sentido de ser ingenua e inocente. Es una fe auténtica en la duda. Esa fe caracteriza a toda la Edad Moderna, esa edad cuyos últimos instantes presenciamos. Esa fe es responsable por el carácter científico y desesperadamente optimista de la Edad Moderna, por su escepticismo inacabado, al cual le falta dar el último paso. A la fe en la duda le cabe, durante la Edad Moderna, el papel desempeñado por la fe en Dios durante la Edad Media.

La duda de la duda es un estado del espíritu fugaz. Aunque pueda ser experimentado, no puede ser mantenido. Este es su propia negación. Vibra, indeciso, entre el extremo “De todo se puede dudar, inclusive de la duda” y el extremo “De nada se puede auténticamente dudar”. Con el objetivo de superar el absurdo de la

duda, lleva ese absurdo al cuadrado. Oscilando, como oscila, entre el escepticismo radical (del cual duda) y un positivismo ingenuo radicalísimo (del cual igualmente duda), no concede al espíritu un punto de apoyo para fijarse. Kant afirmaba que el escepticismo es un lugar de descanso para la razón, aunque no sea una morada. Lo mismo puede ser afirmado en cuanto al positivismo ingenuo. La duda de la duda impide ese mismo descanso. El espíritu tomado por esa quintaesencia de la duda está, en su indecisión fundamental, en una situación de vaivén que el análisis de Sísifo hecho por Camus ilustra apenas vagamente. El Sísifo de Camus está frustrado, en su carrera absurda, por aquello de lo que corre. De ahí el problema básico camusiano: “¿Por qué no me mato?”. El espíritu tomado por la duda de la duda es frustrado por sí mismo. El suicidio no resuelve su situación, ya que no duda suficientemente de lo dudoso de la vida eterna. Camus nutre todavía la fe en la duda, aunque esa fe periclite en él.

“Pienso, por lo tanto soy”. Pienso: soy una corriente de pensamientos. Un pensamiento sigue a otro, por lo tanto soy. ¿Un pensamiento sigue a otro por qué? Porque el primer pensamiento no se basta a sí mismo, porque exige otro pensamiento. Exige otro para certificarse a sí mismo. Un pensamiento sigue a otro porque el segundo duda del primero, y porque el primero duda de sí mismo. Un pensamiento sigue a otro por el camino de la duda. Soy una corriente de pensamientos que dudan. Dudo. Dudo, por lo tanto soy. Dudo de que dudo, por lo tanto confirmo que soy. Dudo de que dudo, por lo tanto soy independientemente de cualquier dudar. Así se figura, aproximadamente, el último paso de la duda cartesiana. Estamos en un callejón sin salida. Estamos, en efecto, en el callejón que los antiguos reservaron a Sísifo.

La misma situación puede ser caracterizada por otras corrientes de pensamientos: ¿por qué dudo? Porque soy. Dudo, por lo tanto, de que soy. Por lo tanto dudo de que dudo. Es el mismo callejón visto desde otro ángulo.

Este es el lado teórico de la duda radical. Tan teórico, en efecto, que hasta hace muy poco tiempo ha sido despreciado con razón como un juego fútil de palabras. Se trataba de un argumento pensable, pero no existencialmente vivible (*Erlebbar*). Era posible dudar teóricamente de la afirmación “soy”, y era posible dudar teóricamente de la afirmación “dudo de que soy”, pero estas dudas no pasaban de ejercicios intelectuales intraducibles para el nivel de la vivencia. Los pocos individuos que experimentaron vivencialmente la duda de la duda, que auténticamente dudaron de las afirmaciones “soy” y “dudo de que soy”, fueron considerados locos. La situación actual es diferente. La duda de la duda se derrama, a partir del intelecto, con dirección a todas las demás capas de la mente y amenaza solapar los últimos puntos de apoyo del sentido de realidad. Es verdad que “sentido de realidad” es una expresión ambigua. Puede significar simplemente “fe”, puede significar “salud mental”, y puede significar “capacidad de elección”. Sin embargo, el presente contexto prueba que los tres significados son fundamentalmente idénticos. La duda de la duda amenaza destruir los últimos vestigios de la fe, de la sanidad y de la libertad, porque amenaza volver al concepto “realidad” un concepto vacío, esto es, no vivible.

El vaciamiento del concepto “realidad” acompaña el progreso de la duda y es, por lo tanto, un proceso histórico, visto colectivamente, y un proceso psicológico, visto individualmente. Se trata de una intelectualización progresiva. El intelecto, esto es, aquello que piensa, por lo tanto aquello que duda, invade las demás regiones mentales para articularlas, y las vuelve, por eso mismo, dudosas. El intelecto desautentica todas las demás regiones mentales, inclusive aquella región de los sentidos que llamamos, por regla general, “realidad material”. La duda de la duda es la intelectualización del propio intelecto. Con ella, el intelecto refluye sobre sí mismo. Se vuelve dudoso para sí mismo, se desautentica a sí mismo. La duda de la duda es el suicidio del intelecto. La duda cartesiana, tal cual fue

practicada durante la Edad Moderna, por lo tanto la duda incompleta, la duda limitada al no intelecto, acompañada de la fe en el intelecto, produjo una civilización y una mentalidad para la cual la realidad encontró refugio dentro del intelecto. Se trata de una civilización y de una mentalidad “idealista”. La duda completa, la duda de la duda, la intelectualización del intelecto, destruye ese refugio y vacía el concepto “realidad”. Las frases aparentemente contradictorias, entre las cuales la duda de la duda oscila –a saber: “De todo se puede dudar, incluso de la duda” y “De nada se puede dudar auténticamente”–, se resuelven, en ese estadio del desarrollo intelectual, en la frase “Todo es nada”. El idealismo radical, la duda cartesiana radical, la intelectualización completa, desembocan en el nihilismo.

Somos la primera o la segunda generación de aquellos que experimentan el nihilismo vivencialmente. Somos la primera o la segunda generación de aquellos para los cuales la duda de la duda no es más un pasatiempo teórico, sino una situación existencial. Enfrentamos, en las palabras de Heidegger, “la clara noche de la nada”. En ese sentido, somos los productos perfectos y consecuentes de la Edad Moderna. Con nosotros, la Edad Moderna alcanzó su meta. Pero la duda de la duda, el nihilismo, es una situación existencial insostenible. La pérdida total de la fe, la locura de la nada todo-envolvente, la absurdidad de una elección dentro de esa nada son situaciones insostenibles. En ese sentido, somos la superación de la Edad Moderna. Con nosotros, la Edad Moderna se reduce al absurdo.

Los síntomas de esa afirmación abundan. El suicidio del intelecto, fruto de su propia intelectualización, se manifiesta en todos los terrenos. En el campo de la filosofía, produce el existencialismo y la lógica formal, dos abdicaciones del intelecto a favor de una vivencia bruta e inarticulada, por lo tanto el fin de la filosofía. En el campo de la ciencia pura, produce la manipulación con conceptos conscientemente divorciados de toda realidad, tendiendo a transformar la ciencia pura en arte abstracto. En el campo de la ciencia

aplicada, produce instrumentos conscientemente destinados a destruir la humanidad y sus instrumentos, por lo tanto instrumentos autodestructores. En el campo del arte, produce el arte que se significa a sí mismo, por lo tanto, un arte sin significado. En el campo de la “razón práctica”, produce un clima de oportunismo inmediateista, un *carpe diem* tanto individual como colectivo, acompañado del vaciamiento de todos los valores.

Hay, obviamente, reacciones contra este progreso rumbo a la nada. Esas reacciones son, sin embargo, reaccionarias en el sentido de intentar hacer retroceder la rueda del desarrollo. Son desesperadas. Son tentativas de reencontrar la realidad en los niveles ya vaciados por el intelecto en su avance. En el campo de la filosofía, son caracterizadas por el prefijo mejorativo “neo” (neokantismo, neohegelianismo, neotomismo). En el campo de la ciencia pura, son caracterizadas por un esfuerzo de reformular las premisas de la disciplina científica en bases más modestas. En el campo de la ciencia aplicada, son caracterizadas por una esperanza por cierto inauténtica en una nueva revolución industrial, capaz, esta sí, de producir el paraíso terrestre. En el campo del arte, resultan en aquel realismo patético llamado “socialista”, que no se llama a sí mismo “neorrealista” por pura cuestión de pudor. En el campo de la “razón práctica”, asistimos a tentativas de una resucitación de las religiones tradicionales, y pululan las sectas de religiones inventadas *ad hoc* o buscadas en regiones geográfica o históricamente distantes. En el campo de la política y de la economía, resurgen inauténticamente conceptos vaciados y superados hace mucho tiempo, como, por ejemplo, el concepto medieval de la “soberanía”. En ese campo, buscan la realidad, por cierto completamente inauténtica, en el concepto de “sangre” (nazismo), de la “clase” (marxismo) o de la “libertad de empresa” (neoliberalismo), conceptos estos prestados de épocas hipotéticas o semihipotéticas pasadas. Todas esas reacciones están condenadas al fracaso. Quieren resucitar fes muertas o inauténticas *ab initio*.

Aunque el nihilismo sea una situación existencial insostenible, necesita ser tomado como punto de partida para toda tentativa de superación. La inautenticidad de las reacciones anteriormente esbozadas reside en su ignorancia (auténtica o fingida) de la situación actual de la filosofía, de la ciencia pura y aplicada, del arte, del individuo dentro de la sociedad y de la sociedad frente al individuo. Reside en la ignorancia del problema fundamental: en todos esos terrenos, por cierto altamente intelectualizados, la duda desalojó la fe y se perdió el sentido de la realidad. Esa situación debe ser aceptada como un hecho, aunque tal vez no aún como hecho totalmente consumado. Residuos de fe pueden ser encontrados en todos esos terrenos, menores en el campo de la filosofía, mayores en el campo de la sociedad, pero residuos condenados. No es a partir de ellos que saldremos de la situación absurda del nihilismo, sino a partir del propio nihilismo, si es que saldremos. Se trata, en otras palabras, de la tentativa de encontrar un nuevo sentido de realidad. El presente libro es una contribución modesta para esa búsqueda en el campo de la filosofía.

Visto colectivamente, es el progreso de la intelectualización, por lo tanto el progreso de la duda con su consecuente vaciamiento del concepto “realidad”, un proceso histórico. Por su propia naturaleza, se manifiesta con precedencia en el campo de la filosofía, aunque esté acompañado, sordamente, por el desarrollo paralelo en todos los demás campos de la situación humana. La venida del nihilismo fue, por lo tanto, adivinada y prevista por los filósofos antes que por cualquier otra capa. La palabra “nihilismo” fue ampliamente utilizada, en un sentido muy próximo al del presente, por Nietzsche. La búsqueda de un nuevo sentido de realidad en el campo de la filosofía no es, por lo tanto, una novedad. No podemos, sin embargo, afirmar que haya sido acompañada hasta ahora de un éxito rotundo. Surgió, eso sí, una nueva manera de filosofar, y nuevas categorías de pensamiento. Fue introducido el concepto “voluntad” y el concepto aliado “vivencia”, ambos de cuño antiintelectual. La especulación filosófica

se desplazó hacia el campo de la “ontología” (sinónimo púdico de la metafísica ostensivamente despreciada), hecho que, por sí solo, prueba la búsqueda de una nueva realidad. Por otro lado, se profundizan los estudios lógicos, a punto tal de invadir la lógica el campo de la propia “ontología”, hecho que prueba la preocupación de la filosofía por una nueva interpretación del intelecto y su función de productor y destructor de realidad. No obstante, por revolucionarios y creadores que sean esos pensamientos, no llegaron a “convencer”, en el sentido de provocar un nuevo sentido de realidad, una nueva “fe”. Muy por el contrario, contribuyeron para la propagación del nihilismo, el cual pretendieron combatir, ya que eran intelectualizaciones, aunque antiintelectuales. Su influencia decisiva sobre el arte y la ciencia (muy especialmente la psicología) era conducida a una última intelectualización de capas hasta ahora no invadidas por el intelecto. Tal vez por haber sido destructores de la vieja realidad, contribuyeron al surgimiento de la nueva, por lo menos negativamente.

Visto individualmente, es el progreso de la intelectualización, por lo tanto del progreso de la duda, el abandono de la fe original, de la “buena fe”, en pro de una fe mejor, a saber, de una fe menos ingenua e inocente. La progresiva pérdida del sentido de realidad que acompaña el progreso intelectual es experimentada, inicialmente, como liberación, como superación de prejuicios, y es, por lo tanto, una experiencia exuberante. Es, entretanto, acompañada, desde el inicio, por un sentimiento inarticulado, y por lo tanto inconsciente, de culpa. Ese sentimiento de culpa es compensado en las “fes mejores” que el intelecto crea para sí en el curso de su avance. Cuando, finalmente, el intelecto se vuelve contra sí mismo, cuando duda de sí mismo, el sentimiento de culpa se vuelve consciente y articulado, y acompañado de la hesitación característica de la duda suprema, domina la escena. Ese clima de hesitación y de culpa, o su lado opuesto, el clima del *engagement* sin compromiso y escrúpulo, son, por lo tanto, los síntomas de los filósofos

mencionados. Aunque la hesitación y el sentimiento de culpa sean más honestos, intelectualmente, que el *engagement* y el fanatismo, son ambos básicamente actitudes de desesperación. Atestiguan la pérdida de la fe en el intelecto, sin contribuir positivamente para una superación de la situación nihilista en la cual se encuentran. Esta es la escena de la filosofía actual.

El presente libro no nutre la ilusión de contribuir grandemente para modificar esa escena. Nació, él mismo, de la pérdida de la fe en el intelecto y no resultará en ninguna fe auténtica nueva. Tiene, en tanto, la ventaja de nacer más tarde. En consecuencia, perdió los restos de ingenuidad e inocencia que todavía caracterizan los pensamientos de sus antecesores, ingenuidad e inocencia estas relativas al alcance del intelecto. El intelecto, esto es, aquello que piensa y por lo tanto duda, ha sido exagerado incluso por aquellos que en él perdieron la fe. Aunque muchos habían últimamente comprendido el carácter puramente formal del intelecto (como, además, lo comprendieron ya los empiristas de los siglos XVII y XVIII), esa comprensión nunca se volvió parte de la vivencia auténtica de esos pensadores. Nunca, como creo, ha sido apreciada y absorbida vivencialmente la esterilidad del intelecto. Nunca, bien entendido, por pensadores, esto es, por el propio intelecto. El desprecio fácil y barato del intelecto, nutrido por los sentimentales, por los místicos primitivos y por aquellos que ponen su fe en los sentidos, nada tiene que ver con la vivencia aquí descrita. Es la vivencia intelectual de la futilidad del intelecto. No es, por lo tanto, un abandono del intelecto, pero puede ser, muy por el contrario, la superación del intelecto por sí mismo.

El antiintelectualismo de gran parte de la filosofía actual es un error y un peligro. Es un error porque confunde la fe en el intelecto (abandonada acertadamente) con el encuadramiento del intelecto en una fe en una realidad nueva por ser encontrada. Y es un peligro porque propaga y profundiza el nihilismo que pretende combatir. La vivencia intelectual de la esterilidad del intelecto, vivencia esta

que este libro se propone elaborar, vuelve el antiintelectualismo una actitud superada. Aquel que experimentó auténticamente en su intelecto la futilidad del intelecto nunca más será antiintelectual. Por el contrario, esa vivencia intelectual producirá en él una actitud positiva para con el intelecto, ahora intelectualmente superado. Está en una situación comparable a aquella que surge después del desencanto con una gran suma de dinero. La acumulación de la suma era acompañada de una fe en el poder salvador del dinero. La posesión del dinero dispuso esa fe. No surgió todavía una fe nueva para sustituir la pérdida. Entretanto, el dinero está disponible para servir a esa nueva fe, cuando sea encontrada. El antiintelectualismo es la prueba de la persistencia de los restos de fe en el intelecto, y es superado con la desaparición de esos restos.

La vivencia de la esterilidad del intelecto vuelve experimentables, aunque no comprensibles, los fundamentos de los cuales el intelecto brotó y continúa brotando. Fundamentos extraintelectuales, que lo son por definición, no son alcanzables intelectualmente. No pueden ser, por lo tanto, auténticamente incluidos en la disciplina de la filosofía, que es una disciplina intelectual. La tentativa de filosofar respecto a esos fundamentos es un error más de mucha de la filosofía actual. Sin embargo, justamente en su eliminación del campo de la filosofía reside la posibilidad de su inclusión en un campo más apropiado. Esa eliminación es una de las tareas de este libro.

Aunque la intención de esa corriente de pensamientos no pueda ser la superación de la situación existencial absurda en la cual nos encontramos, aunque no pueda esperar sobrepasar el nihilismo dentro del cual nos precipitamos, pretende iluminar algunos aspectos para volver a una posterior superación más viable. Esta intención, en sí misma, ya prueba la existencia de algo parecido remotamente a una fe: a saber, una esperanza, así sea precaria, en la posibilidad de una superación, y por lo tanto en la sobrevivencia de aquello que llamamos, muy inadecuadamente, civilización occidental. A esa esperanza el presente esfuerzo está dedicado.